

bella! ¡qué dictámenes tan acomodados á toda clase de estómagos! ¡qué interpretaciones tan naturales, tan sencillas, tan pintiparadas para cada caso de por sí! Ninguna confusion, ninguna duda puede ofrecerse al que busque subterfugios para tomar chocolate; la colacion no debe suspenderse por media libra más ó ménos, y la conciencia más tímida y pusilánime se tranquiliza y ensancha con la probabilidad que ofrece un moralista de nota. Viva este libro divino y esta doctrina admirable, con la cual no tengo miedo á nadie que quiera llevarme por la estrecha senda del Evangelio, porque en teniendo yo cuatro moralistas á mi devocion, sabré convertir la senda en un camino real más ancho que el Campo grande de Valladolid.

Pero, hablando de otra cosa, ¿cómo estamos de pesetas? No pregunto por las de vmd., porque supongo que maldita la que tiene en el bolsillo, sino por las de la tesorería ó tesorerías que ahora llaman nacionales. Por acá, bendito Dios, hace tiempo que no entra un maravedí, porque como, segun dicen, mientras hay Constitucion no se paga, todo el mundo se ha llamado andana, y están los sueldistas que beben los vientos. Ni hay que decir que eran muchos, porque, si vmd. ha reparado, ni la Guía de Forasteros ni la de la Real Hacienda son cosa que merezca mayormente la atencion. Cuando más, más, tocáremos, entre todos los españoles, á dos empleados por cada tres individuos, y esto ya ve vmd. que es una grandísima friolera, porque al fin y á la postre se queda entre las familias, y hacen más en una casa quinientos ducados de sueldo que un pehujal mal gobernado. Eso de acudir uno al fin cada mes con su libramientito á cobrar su mesada sin miedo de los pájaros ni de las pedreas, vale un Perú, y engorda más á un pueblo que cuantas fábricas y labranzas se pueden poner en uso. ¿De qué diablos nos sirven todos esos capas pardas, que cada uno es más bruto que el otro, y que no hacen más que despertarle á uno, cuando está á lo mejor de su sueño, con el incómodo ruido de sus arados y carretas? Yo no sé por qué no se les hábia de prohibir que alborotasen tan de madrugada, sino que acudiesen á la haza de nueve á doce, como se acostumbra en las más de las oficinas. Vmd. no sea bobo, ya que, por su desgracia y la de la patria, ha perdido tan buenas ocasiones: vea el modo de ingerirse en alguna oficina nueva ó vieja, porque una vez metido el cuevo, mal ha de andar el ajo para que vmd. no conserve su paguita *usque in æternum*.

Una de las cosas por que yo tengo tanta envidia á los oficinistas es porque aunque todo se lo lleve la trampa, y aunque se creen los empleos ayer y se descreen mañana, ellos siempre se quedan á cubierto y el sueldo corre aunque el trabajo pare. ¿Qué culpa tienen ellos de que la nacion española necesite más oficinas que toda la Europa entera? Pues no faltaba más sino que despues de haberle á uno dado su título y exigidole ademas el juramento de fidelidad acostumbrado, se quedára á buenas noches por la miseria de no recargar un poquito más el era-

rio público. Los trabajos de cabeza se han de pagar con predileccion, y es claro que donde haya más pagos predilectos será porque haya más cabezas trabajadoras. La única cosa que no me ha disgustado del todo desde que empezaron estas novedades, es ver que á lo ménos en eso no han hecho ninguna, gracias á Dios, sino que más bien al contrario van aumentando empleos por un lado y jubilaciones por otro. A bien que la jubilacion es floja, porque, á lo que yo entiendo, la mayor parte de los que se quedan con la obligacion de no hacer nada pertenecen á la clase de jefes y les corresponde el *maximum*. Bien veo que no hay remedio y es preciso hacerlo así, como que no tiene duda, el que fué hombre de bien antaño no puede serlo ogaño, y se debe desconfiar de todos indistintamente, haya ó no haya motivo. El asunto es calzarse uno el empleo, y el tesorero y ministro de Hacienda que discurren, que para esto están, á bien que la nacion tiene recursos, y conforme hemos pasado hasta ahora se pasará en lo sucesivo, y viva la Pepa.

Mi cuñado don Cornelio, que sabe lo campechano que es vmd., me encarga que le pregunte á cuántos estamos de proporcion para entablar una solicitud que le interesa mucho; y como él siempre ha tenido el genio corto, enteramente opuesto al de su mujer, quisiera saber si era tiempo de enviarla á que maneje el asunto por sí misma. Si él pudiera separarse de su casa, bien puede que se animase á acompañarla á la córte, ó se iría él solo á seguir el negocio, que era lo regular; pero precisamente le ha tocado este año ser prioste de la hermandad de Luz y Vela, y ademas es mayordomo de la Escuela de Cristo, con lo que no tiene tiempo ni aun para rascarse la cabeza. Necesita, pues, que vaya su mujer, la cual estoy para mí que hará más en una noche que él en toda una semana, porque es viva como una centella, y tiene un genio tan amable, que ningun alma viviente sale descontento de su lado. Fuera de que, ella conoce á todo el mundo, porque cuando estuvo la otra vez á sacarle la administracion á su marido, no habia gato ni perro en las secretarías á quien ella no conociera y con quien no se chanceára. Desde el dia que llegó, dijo que la daba vergüenza concurrir á las audiencias públicas, y que se ponía colorada sin poderlo remediar, con lo que siempre la oian en audiencia secreta. Entónces ya los porteros, que es gente que sabe más callando que otros hablando, y que huelen el almizcle á media legua, lo mismo era verla llegar á prima noche, que la saludaban risueños y hasta se ponian en pié, que es más. Entraba la señora, por supuesto, y los pobretes que estaban esperando en la antesala desde las cuatro de la tarde continuaban esperando si querian, y si no, tomaban el pendingue para su casa con su memorial en el bolsillo, porque su excelencia tenía mucho que trabajar.

A fe mia que no tardó una semana en echar abajo al otro administrador, que era un viejo petate, y de un bolazo le plantó á su don Cornelio al frente de esta aduana, mal que le pesase al contador y al

tesorero y á cuantos aspirantes habia para tal destino. Todos nos quedamos viendo visiones cuando supimos el nombramiento, porque, como conociamos la poca capacidad de tal hombre, vimos más claro que el agua que á quien se habia dado el empleo era á la mujer. Ahora lo que ella pretende es una pension sobre el fondo de correos ó sobre la lotería, porque dice que se paga mejor allí que en otra parte, y creo que no la falta razon. Eso de las pensiones me parece á mí que debe de ser cosa buena, segun oigo á todo el mundo, y bien sabe Dios que, como esto cambie, he de hacer todo lo posible por lograr una ó dos, aunque sea sobre caminos ó sobre lo que les dé la gana, porque el asunto es tener pension. Bien me parece esa justa diferencia que hay entre fondos y fondos, porque aunque todo salga de las mismas costillas y esté destinado al mismo objeto, que es el de llenar las obligaciones del Estado, con todo, siempre es bueno que haya su poquito de diferencia entre unas y otras obligaciones. ¿Será lo mismo un empleado en tabacos que un militar retirado? ¿Podrá compararse el mérito de un administrador de loterías con el de un oidor cualquiera? Nada ménos que eso: cada ramo debe tener su fondito aparte, y si puede ser, totalmente independiente de la tesorería general, lo primero porque así se forma una idea clara de todas las rentas de la nacion, y lo segundo porque así lo enseña el refran italiano, *per troppo variare natura è bella*.

Entre los muchos papeles que recibimos de esa córte, vienen algunos que nos hacen reír las tripas, y otros que sólo deben causar llanto ó fastidio. Entre los primeros hay uno fresquito, que le pudiera servir á vmd. de mucho para la proyectada obra del *Arte de cocina*, y es la *lista de la comida que se sirvió el juéves 11 de Mayo* á costa de los ilustres artilleros. Nosotros, como estamos ahora tan ociosos, devoramos todo papel y tildamos sin piedad aquello que no nos acomoda. Empezamos á leer la tal lista, y lo primero que nos hizo gracia fueron los noventa y seis platos de *ordubres*; ¿y que son ordubres, dijo al instante el cura, que es hombre que se muere por hablar de cosas de comer? Nadie le supimos dar razon, por más que nos echamos á discurrir, y seguimos con la lista de las sopas, que empezaba por la de la *jardinera de lechugas y guisantes*, la de *crecy con costrones*, á la *tortuga*. Hombre, mire vmd. lo que se dice; que ésa no será sopa, sino alguna soperá que habrán hecho de la concha. No, señor, no hay tal soperá, sino sopa y muy sopa, le dije yo, y verá vmd. cómo hallamos otras cosas que nos gustan mucho más, y nos chupamos los dedos sólo con oirlas: sigamos con los *relevés*. Ahí debe haber cosas buenas, dijeron todos; prosiga vmd., señor don Servando. Lo primero que les presenté fué una cabeza de ternera á la *imperial*, luégo un *beef-steak al vino de Madera*, luégo un pavo á la *regencia*. ¡Guapo pavo, señor cura, dijo el alcalde mayor; con esas regencias me entieren! Pues ¡qué! ¿no le gustaría á vmd. el pastel á la *perigucus* ni el salmon *al natural*? Y mucho que me gustan á mí las cosas na-

turales, respondió el cura, algo más que las fingidas y contrahechas; pero veamos esas *entradas*, aunque, á decir verdad, casi se me ha pasado la gana sólo con oír unos términos tan raros y unas frases tan ininteligibles. Ochenta y cuatro, nada ménos, puedo presentar á vmd., y vive Dios que le ofrezco ochenta y cuatro misas de á peseta como adivine lo que significa una siquiera. Corra vmd. la vista por esas pollas á la *rabigota*, al *aspic*, al *gratin*, á la *financiere*, á la *mameluca*, á la *tártara*, y dese un hartazgo de *globos*, de *filetes* y de *inglesas*, que le han de poner una panza como un tambor. Eso de inglesas no es conmigo, me replicó, porque ni me lo lleva el estómago, ni convienen á mi estado semejantes regodeos. Pues vuelta con los *ordubres calientes*, que puede que alguna *bechamela* ó algun *chappignon* con costra le agraden á la *chevaliere*, y más si se la dan *decorada* á la *nougat* ó al *ermitage*. Ni aunque vmd. me la decorára con cuantos términos extravagantes hay en todas las lenguas del mundo, era yo capaz de probar una pepitoria de idiomas como la que vmd. ha hecho en esas pocas líneas. Déme vmd. ese papel, que quiero guardarle para eterno monumento de nuestra riqueza guisanística, y luégo que lo traduzca y comente, le remitiré á la Academia Española para que en la primera edicion de su Diccionario lo incorpore *mot á mot*.

Dísele sin repugnancia, y con la misma dejo la pluma, recordando á vmd. que escriba largo y tendido, sin miedo de avechuchos, y que cuente para todo con su amigote, — SERVANDO.

CARTA VIII.

DE LOS LAMENTOS POLÍTICOS DEL POBRECITO HOLGAZAN, Á DON SERVANDO MAZCULLA.

¡Qué bien se torea desde la barrera, señor don Servando, y qué fácil es dar consejos al enfermo cuando uno está sano! Como no es sobre las costillas de vmd. donde descargan los palos, sino sobre las del nieto de mi abuela, por eso no halla reparo en que dispare cartas y más cartas para divertir á los ociosos de su tertulia, aunque se incomoden y fastidien los de las demas. En una palabra, vmd. quiere que yo me eche con la carga y haga oídos de mercader, sin considerar que tanto puede ir el cantarillo adonde vmd. sabe, que al fin y al cabo se haga añicos. Cada uno, amigo mio, tiene su alma en su cuerpo, y cuando hay muchos contra uno, vuélvome grullo; dígolo porque, así como á vmd. le han enviado copias de las cartas que me dice, á mí tambien me han llegado despues otras dos, originales, que pueden arder en un candil; de suerte que los dias de correo estoy todito azorado y sin atreverme á tomar el chocolate hasta saber si hay carta ó no hay carta, por miedo de que se me indigeste. Y no es esto lo peor, sino que de cuando en cuando intentan hacerme creer que se me han de aparecer de noche las sombras de los Padillas y las de otros varios héroes no ménos ilustres, y me han de mandar

con ceño que cante la palinodia. ¡Ojalá se aparecieran, no en mi alcoba, sino en la Puerta del Sol, que yo les indicaría cuáles eran sus verdaderos devotos! Pero más vale dejarlo, porque salgo de mi estilo.

Ello es que todos me conocen, y parece que están enterados hasta de algunas aventurillas galantes de mi juventud. El que me las echa en cara no creo que las escupe, porque, sin acordarse siquiera de que venía de ofrecer la hostia de propiciación al Cordeño *inmaculado*, dice con mucha frescura y con cristiana despreocupación que estas *cosillas me hacen honor*. Viva siglos infinitos este modo de entender el honor y esta nueva manera de impugnar la quinta carta: yo apuesto á que se les caía la baba á los ilustres mártires de ver la compunción del religioso, y las ideas tan extrañamente liberales que le habían acompañado al altar. Pero lo que me hace más gracia en este y en todos los impugnadores, es que, después de haber dicho cuanto saben y cuanto ignoran, me amenazan con decir todavía mucho más en caso de que les urge. A propósito es el niño para dejarse arredrar con amenazas pomposas: sepan estos señores, desde hoy para en adelante y por todos los siglos de los siglos, que los urgo y urgaré, y los tengo por urgados y por reurgados en todo lo que les parezca urgable, sin que me importen un bledo sus amenazas, sean por el estilo que quieran; ¿están vmds.? Pues listo; poco ruido y manos á la labor.

Digo, pues, amigo mío, que me voy reconciliando con ciertas cosas del día, porque veo que no desemejan mucho de las que se usaban antiguamente, y que tan mal decían ellos que parecían á todos. Oí censurar mil veces la indiferencia y desden con que nuestro juiciosísimo gobierno miraba las empresas públicas, cuya utilidad ponderaban todos hasta los cielos, más bien, creo yo, por mafia que porque lo sintiesen así. Al verlos hacer exclamaciones sobre el abandono en que yacen los canales y caminos, no parecía sino que nuestros antiguos ministros eran algunos imbéciles, que, desconociendo su utilidad, no encargaban su dirección más que á quien les daba la gana. En verdad que eso no es más que hablar por hablar, porque todo el mundo sabe que así en estas materias como en otras muchas se elegía lo mejor y lo más bueno, sin acepción de personas. Vea cualquiera, imparcial, el estado en que se hallan á lo ménos los canales, y conocerá al momento que no se ha perdido ripio. Yo no sé cómo andará ese negocio entre los ingleses y franceses, pero lo que puedo decir, para gloria de mi patria, es que el canal de Castilla fué acaso el primero que se empezó en Europa, y es cosa sabida que aquello que se empieza ya se puede decir que está medio acabado. Verdad es que todavía ni se riega un palmo de terreno, ni se transporta sino muy poco trigo, en una cortísima extensión; pero es menester hacerse cargo de que en un siglo se puede hacer muy poco en esas cosas, y que acá no gustamos de atropellamiento, sino de que todo se haga

con pulso y como Dios manda. Esos empleos de directores de obras científicas, se está cayendo de su peso que vayan por rigurosa antigüedad; lo primero, porque así no se yerra nunca, y lo segundo, porque son unas salidas muy decentes para los señores oficiales mayores de la Secretaría de Estado. Pues no faltaba más sino que se anduvieran buscando con un candil los ingenieros, los hidráulicos y otros avechuchos, para que con sus manos lavadas se vinieran á tomar 60 ó 100.000 rs. de sueldo, sin haber sido en toda su vida más que unos meros estudiantes. Un oficial de secretaría lleva consigo la presunción de que entiende la materia, como que está acostumbrado á tratar con gentes de tono, y á extractar expedientes y copiar notas diplomáticas; con que, mire vmd. si entenderá la parte científica y económica de un canal ó de un camino público. Además de que, ¿no ha visto vmd. en todas las catedrales y colegiatas un coro, de gente de voz gorda, que en unas partes se llaman beceros, en otras veinteneros y en otras sorchantres, los cuales están encargados de lo material del canto, mientras que los canónigos y demas capitulares les acompañan en voz baja? Pues del mismo modo los directores de canales y caminos tienen también su coro de comisarios, que son los que dan el verdadero tono á las obras y dirigen é inspeccionan los trabajos, mientras que los señores directores cumplen con hacer en este negocio el papel de canónigos. Esto está puesto en razón, y así, lo mismo que se hacía ántes se sigue y seguirá haciendo, aunque viniera á gobernarnos el mismo Girifalte, porque ésta es la costumbre, y caiga el que caiga.

Por acá todos andamos con el patriotismo á vueltas, y tales vueltas le damos, que no le vemos siquiera. Hay algunos patriotismos que, sin que sea vanidad, y aunque me esté mal el decirlo, me atreva yo á tenerlos en ménos que canta un pollo. Unos llaman patriotismo la manía de hablar gordo en cualquiera concurrencia, y es claro que el que más grita se hace oír desde más lejos: un patriota de esta clase, si tiene pocos pulmones, no tiene que prometerse hacer una gran carrera, porque al momento se le sospechará de moderado, ó acaso, acaso, de servil. Poco importa lo que él diga, con tal que lo que dijere le ocasione una ronquera para dos ó tres semanas; esa ronquera es honrosa, y prueba que el que la tiene ha tenido quien le escuche, y esto de que á uno le escuchen es una tentación muy difícil de resistir.

Otros la toman por entrar y salir mucho en casa de los mandones, suponiendo el tú por tú y toda especie de confianzas. Nunca dicen que se acuestan hasta las dos de la noche, porque ocurrió un asuntillo en que les pidieron su parecer, y aunque ellos no se quisieran meter en nada, con todo, es indispensable ayudar á los amigos en cosas que no conviene que pasen por otras manos. El Ministro es un pobre hombre, dicen ellos, y no se resuelve á nada; si tomara mis consejos, las cosas irían de otro modo; pero ya llegará día en que

vea cuán cierto era lo que yo le pronosticaba. El Rey quiere conocerme, pero yo nada ambicioso; iré algún día á la corte, mas no tienen que pensar en hacerme aceptar ningún destino, porque conozco mucho el mundo, y sé lo que son revoluciones. El otro día, sin ir más lejos, me dieron un grandísimo susto, porque vinieron á decirme que me habían hecho jefe político de tal parte: pasé á asegurarme de ello á la Secretaría, pero supe que era falso. No diré que aquel empleo no le hubiese yo aceptado, porque, en efecto, se puede hacer mucho bien á la patria, y entonces ningún ciudadano debe resistirse, pero como esta gente no tiene tino, probablemente se le darán á algún otro, que no sabrá desempeñarle, y así va todo.

Otros, con ménos modestia y mayor ingenuidad, han llegado á persuadirse que, en efecto, se les debe de justicia todo cuanto esté vacante, y cada provision que se hace se les figura que es un escándalo horrible, de que debiera dárselos una pública satisfacción. Estos, por lo regular, es buena gente, porque al momento descubren la hilaza y se conoce del pié que cojean; apénas se arriman á un corro, todos empiezan á guifarse y á sonreirse, y el más aficionado á la broma le toca la especie, y ya tiene vmd. á nuestro hombre dando que reír á media docena. Como nadie se mete en contradecirles, ellos siguen hablando y se acaloran, van á casa, forman un memorial, se niega; forman otro, vuelve á negarse, y así pasan esta temporada, diciendo mil pestes de la Junta y de los ministros, y pidiendo pesos duros prestados hasta mejorar de fortuna.

Otros están confitados en que con dar un silbido tienen al pueblo por suyo, y que en cuanto se amostacen no ha de quedar hombre á vida. Regularmente estos tales son ociosos por oficio, y con pasar de una tienda á otra, y que algún pobre artesano les salude cortésmente, basta para que se crean que son otros tantos *Graccos*, capaces de formar una revolución cada semana. No me cogiera de nuevo que los tales señoritos acabasen su carrera como la acabaron aquéllos, porque, en efecto, ellos harán cosas dignas de eterna memoria; pero entre tanto me agradan, porque son los temerones, y mientras los tengan miedo no hay que dar cuidado de las leyes y de la Constitución, porque ni ésta se planteará de ningún modo, ni aquéllas serán atendidas ni aplicadas.

No ha dejado de hacerme gracia lo que vmd. me escribe acerca de los nombres de los platos que contenía aquella lista; pero ya que vmd. me dice que en su tertulia se devoran muchos papeles, no puedo ménos de hacerle un empeño, y valga por lo que valga: el caso se reduce á que unos cuantos amigos, á quienes aprieta el hambre tanto, poco más ó ménos, como á mí, han formado el proyecto de dar á luz un periódico, que, según ellos dicen, va á dar en tierra con todos ó los más que se publican en esta capital. No sé cómo se han compuesto para en-

contrar quien adelante el dinero necesario para los primeros números, pero la principal dificultad está en que no parecen suscritores. Por eso me han encargado que escriba con mucha instancia á todos mis conocidos, como que yo también intereso, porque he de ser el escribiente. Ya se han juntado varios días en mi casa, y nos hemos distribuido por barrios para pedir suscripciones, como quien pide limosna para los pobres de la cárcel. Esta demanda no ha producido cosa mayor; pero, con todo, no se han desconsolado mis amigos, porque dicen que en cuanto salga á luz el género lloverán suscritores como moscas. El caso es, primeramente, ponerle un título que llame la atención y despierte la curiosidad, que empieza á estar algo dormida, y para eso hemos dado cada uno nuestro voto. Yo propuse que se llamara *El Azufrador*, porque quisiera que oliese algo á mi antiguo y malogrado oficio; pero no fué aprobado mi pensamiento por parecerles que no caracterizaba bien el espíritu de su periódico. Otro voto se inclinaba á que se escogiera el de *Cacareador*, pero tampoco fué adoptado por causa de las dos primeras sílabas; por último, después de muchos dictámenes y no pocos gritos, se convinieron en llamarle *El Destructor*, y á mí no me disgustó la idea.

Hecha esta primera diligencia, como la más principal, se trató de preparar los materiales necesarios para llenar un pliego entero, diario, de letra clara y legible; pero en esto no ocurrió la menor diferencia de pareceres, porque concordaron todos en que se iría haciendo todo cuanto se encontrase en los papeles franceses y nacionales, se copiarían proclamas, arengas y manifiestos, y aún no faltó quien propuso que se insertaran algunas recetas de las boticas para bien de la humanidad. «No hay que dar cuidado, decía el más vivaracho de entre ellos, por lo que hace al cuerpo del periódico, que no faltarán materias, aunque supiera que había de ir á buscarlas al Hospital General; lo que yo quiero, ántes de todo, es que hagamos juramento de no perdonar á nadie de cuantos nos hagan sombra. Declaremos guerra abierta á todos los periodistas; si ellos estampan razones, nosotros estamparamos desvergüenzas; si ellos hablan con moderación, nosotros no la tendremos nunca; si su lenguaje es correcto, el nuestro ha de ser desaliñado y casi siempre de taberna, porque esto les gusta á muchos. No hay más que afilar las uñas, y que desde el Rey abajo tiemble todo hombre de bien de ver su reputación en nuestras manos. Si alguna vez nos da la tentación de aplaudir algún decreto ó resolución del Gobierno, cosa que debemos economizar mucho, ha de ser únicamente cuando éste exprese su cólera, y jamás cuando se explique con indulgencia. Sangre y persecución ha de ser nuestra divisa, y este es el modo seguro de que nos tengan por patriotas consumados.

»Sobre todo procuremos echar el resto de nuestro temperamento bilioso en los *artículos-comunicados*, porque ahí es donde se luce y se campea.» ¿Pero quién quieres que se comunique con nosotros, le re-

plió otro de los amigos, si no hay una alma que nos conozca, ni mucho menos que nos aprecie? «Valiente reparo, dijo el vivo; ¿hay más que comunicarnos unos con otros, puesto que nos conocemos, y escopetarnos de firme como si no nos apreciáramos? Lo que importa es el silencio y que cada uno tomemos un mote que nos distinga y nos marque en el público, porque si andamos con iniciales ó berengenas y caen en quiénes somos, no se pasan ocho días sin que nos escupan á la cara. Yo, por mi parte, me voy á llamar *El Jaque*; tú, que eres un poquito resmellado, te has de llamar *Mediodiente*; y el señor, que tiene bastantes narices, se puede firmar *El Narigudo*.» Cuadróles á todos el pensamiento, y dándose unos á otros la enhorabuena, se separaron muy contentos, yéndose cada uno á pegarla en diferente mesa, interin llegaba la deseada hora de repartir las ganancias. Con que, amigo, no eche vmd. en olvido mi encargo, siquiera por caridad hácia mí y hácia estos jóvenes desgraciados, que prometen mucho para en adelante, como lo dirá el periódico.

En caso de que esta idea no salga como pensamos, cosa que me temo mucho, es preciso que vmd. haga todo lo posible por proporcionarme alguna administración de algun rico mayorazgo, porque, segun van las cosas, no hay puerta que no se me cierre ni puesto que no esté ocupado. Yo nací en tan mala estrella, que á ninguno de mis ascendientes se le puso en la cabeza fundar ni siquiera un mediano vínculo, que sirviese para perpetuar el lustre de nuestro nombre. Esta desgracia, junta con la inclinación que de padres á hijos hemos ido heredando de no movernos á nada, nos ha puesto en el estado que vmd. ve, y del que, si no me saca pronto algun alma caritativa, vendré á parar, con toda mi chiquillería, á la puerta de algun convento. ¡Qué dichosos son aquellos que desde el vientre de su madre saben que toda su vida los han de llamar de *don*, y que desde chiquititos han de tener ya dominio sobre todos sus hermanos! Me parece que si yo hubiera tenido esta dicha, no habia de caber en el mundo; porque, diga vmd., amigo: ¿no es cosa de volverse loco, de puro gozo, al ver que, aunque ataquen las viruelas y el sarampion á media docena de hermanitos, apenas se asustan sus padres la mitad de lo que se inquietan cuando le duele la cabeza al mayorazgo? ¿No ve vmd. cómo encargan á los criados que traten con particular respeto al señorito primogénito? ¿No nota vmd. cómo se le hacen á él los mejores vestidos, aunque los demas hermanos anden con los codos rotos? Aun en medio de sus juegos, se procura, sabiamente, que tenga el primer lugar aquel que lleva la casa, como que el día ménos pensado podrá plantar en la calle á toda la familia, empezando por su madre.

Confieso que me da rabia cuando oigo á tantos ignorantes clamar como unos energúmenos contra una cosa tan buena y tan conforme con la naturaleza. ¿No estamos viendo á cada paso, hasta en los perros y gatos, que naturalmente se inclinan á engordar y acariciar alguno de sus hijos, y que

abandonan á los demas? Pues ¿por qué razon los hombres han de privarse á sí mismos de esta santa libertad? ¿Cómo quieren que se conserve el lustre de las familias si cada uno de los hijos toma la misma porcion que otro, y no hay quien se lleve la primacía? Yo creo que ninguno de esos declamadores son ni siquiera segundones de alguna casa rica, porque, como ellos lo fueran, de otro modo se explicarían. Ahora, vea vmd., ¿en qué hubieran parado los nombres de nuestras antiguas héroes, si sus descendientes, ya que no eran otros tales, no hubiesen tenido, á lo ménos, unos pingües mayorazgos? Pues ¡qué! ¿no hay más que trabajar cada cual para sí mismo, sin acordarse de los que han de venir al mundo diez siglos despues? Buenos estarian esos campos si se halláran repartidos en pequeñas porcioncitas, que cada una perteneciese á un pobre pehujalero, y que cuando alguno pasa no pudiera conservar en la memoria los nombres de tanto propietario. ¡Cuánto mejor es ahora, que en montando uno á caballo camina leguas y leguas, sabiendo que todo aquello pertenece al duque de tal, ó al marqués de cual, ó á los monjes de tal orden! Como que no hay más que mirar el cultivo, y al instante se conoce la hacienda de un mayorazgo.... Muy mal harian las Cortes en meterse á dar permiso para que nadie vendiese, sino ántes, por el contrario, lo que debian mandar era, que en cada familia donde hubiese mayorazgo, todos los bienes que entráran, por cualquier via que fuese, quedasen *ipso facto* vinculados, sin que nadie más que el primogénito pudiese reclamar una hilacha. Sobre que hasta esa costumbre de dar alimentos á los segundos ó inmediatos me parece á mí un abuso malamente introducido, que se debiera quitar á toda prisa, como que perjudica visiblemente los sagrados intereses del hermano mayor.

Le aseguro á vmd., amigo, que hay ciertas cosas á las cuales cada día las tengo más apego y afición, sin poderlo remediar; lo mismo que me sucede con los mayorazgos, lo experimento acá dentro respecto de los beneficios simples. Estoy dudoso á cuál de las dos cosas me tiraría si me diesen á escoger.... Casi, casi, más me inclino á éstos que á aquéllos, porque á lo ménos se ven libres de mujer y de chiquillos legítimos, que nadie sabe lo que le abruman á uno con su maldita legitimidad. Si se mira á buena luz, un hombre que se casa, aunque sea mayorazgo, con nada tiene bastante, porque todo se consume con tantas obligaciones; pero el hombre afortunado que llega á pescar un buen beneficio simple, diga vmd. que le entren moscas. Aquello es lo que se llama reirse del mundo entero y no tener que pensar más que en darse buena vida. En comprando su breviario y nombrando un administrador, que siempre le dé adelantada la renta del beneficio, quedan desempeñadas todas las obligaciones que le pueden ocurrir aunque viva noventa años. Tiene, además, la ventaja de que desde chiquiticos están ya todos dis-

puestos á servir este destino con tanta facilidad como un barbado, y aún en cierto modo hace más gracia ver á un angelito de siete ú ocho años, con su coronita y un vestidito negro, saberse ya ganar 40 ó 50.000 rs. miétras empieza la gramática. ¡Ay, si yo pudiera ver á mi Rupertito incorporado en esta carrera, sería capaz de comérmelo á besos! Y lo mismo me dice su madre cuando hablamos de estas cosas. Pero así ella como yo tenemos tanta desgracia, que ni siquiera hemos podido conseguir que le nombren para una capellanía de estas que se llaman colativas, y que apenas hay señor que no provea quince ó veinte. ¡Vaya por amor de Dios: unos tanto y otros tan poco! Mas no por eso pierdo la esperanza de verlo colocado, porque si la suerte ó mi mala ventura hacen que desaparezcan de España estas utilísimas carreras, siempre han de quedar algunas otras en que se pueda ganar la vida sin trabajar, que es á lo que aspiramos todos los amigos del antiguo régimen.

Adios, señor don Servando; queda suyo afectísimo de todas veras, — EL LAMENTADOR.

CARTA IX.

DE LOS LAMENTOS POLÍTICOS DEL POBRECITO HOLGAZAN, Á DON SERVANDO MAZCULLA.

Amigo del alma mía: Ahora sí que me veo negro y apurado, sin saber por dónde partir ni adónde dirigirme con mis clamores. Su ahijada de vmd., la Petronila, mi hija mayor; aquella en quien tanto yo como su madre fundáramos nuestras esperanzas; aquella en quien teníamos puestos los ojos para que fuese otra santa Teresa, segun la educación que ha recibido; la que nos tenia dada palabra de meterse monja carmelita en cuanto cumpliera los catorce años, y á la que apenas faltaban dos meses para completar nuestros deseos, ha salido ahora de repente con.... Sobre que no me atrevo á decirselo á vmd.... sobre que se me cae la cara de vergüenza despues de lo que ha pasado y los compromisos en que me ha puesto. Pero ¿qué saco con callarlo, si al fin y á la postre lo ha de saber vmd. todo, por más que lo disimule? Esta muchacha, tan recogida, tan juiciosa, tan aficionada á novenas y á sermones, de la noche á la mañana y sin saber cómo ni por dónde, se halla enamorada como una bestia, y pide boda á toda prisa. Ya me parece que le oigo decir á vmd. que el asunto no merecia tantos aspavientos, y que si quiere casarse no hay más que buscarla un buen novio, llevarla á la puerta de la iglesia y echarla las bendiciones. Pero no es ése el busilis del negocio, ni yo habia de pararme en semejante bagatela; lo que me apura en el lance es lo que voy á decirle.

Ya vmd. sabe la costumbre tan piadosa como antigua de que cuando un padre determina que alguna de sus hijas tenga vocación de monja, lo primero de que se ocupa es de buscarla la dote, porque sin ella es difícil hallar convento que la reciba, ó tiene que entrar de lega, que es como si dijéramos criada perpétua de la comunidad. Yo como buen

padre, y mi mujer como buena madre, cada uno por nuestro lado hemos ido recogiendo lo que buenamente hemos podido para esta obra meritoria. Hubo algunos que nos dieron la limosna de contado, y éstas por supuesto que nos las hemos comido alegremente, sin esperar á que acabase de madurar la vocación. Otros, algo más mirados, sólo prestaron su firma para que acudiésemos á cobrar la suscripción á su debido tiempo, mas faltaba lo más neto, que eran las muchas prebendas que ya teníamos apalabradas, y que no sólo hubieran cubierto la tal dote, sino sobrado muy mucho para otras varias cosillas que nos hacen suma falta. Dejo aparte en todo esto la suerte de la muchacha, que, pudiendo llegar á ser una señora hecha y derecha, con su *reverencia* al canto, tener su casa pagada y su comida segura, sabe Dios dentro de poco si tendríamos que petardear para ella y para el tunante de su marido. Una monja, vamos claros, si se llega acostumbrar á no salir del convento, á obedecer ciegamente á la prelada, á no acordarse del mundo ni de sus falaces atractivos, á renunciar á las modas y á los chismes, á no pensar nunca en hombres, ni á dar importancia á nada sino á la superiora y al confesor, lo pasa como una reina, y se encuentra de patitas en el cielo el día ménos pensado. Por eso conviene mucho que entren allí chiquititas y ántes de que se las pase la afición á golosinas, porque si se las dejara ponerse un poco talludas, preferirian acaso un rato de chicoleo á cuantos dulces se fabrican en todas las confiterías del mundo. Lo que á mí me parte el alma es que, siendo esto tan claro, todavía hay quien se queje de que á estas pobres muchachas les falta el conocimiento necesario para saber el empeño que se van á echar á cuestras. Al oírlos no parece sino que sólo debian estar poblados los conventos de viejas y desdentadas, hartas de andar por el mundo, y acaso desengañadas de los chascos que él ofrece. Pero ellos no consideran, en primer lugar, que no habria oídos que aguantáran un coro de religiosas si, además de su gangueo, les añadimos la falta de dientes y el desentono propio de aquella edad, y en segundo, la importancia de aprender á leer latin, que forma casi la esencia de la monjil sabiduría. Buena andaria la cosa si en lugar de tanta jóven sólo se admitieran jamonas y romancistas. ¡Dios nos libre!

Antes de ayer tuve el gusto de dar un estrecho abrazo á mi primito Antofuelo, el hijo de mi tío don Blas, que viene de la universidad de Alcalá, donde ha tomado las borlas en sagrada teología. Le aseguro á vmd. que no nos cansamos de oírle, y que cada día me arrepiento más de no haber seguido esta carrera, que, á mi entender, encierra dentro de sí todos los conocimientos humanos. La teología es una cosa que, sin saber cómo ni cuándo, se da á conocer por sí misma y traspasa sensiblemente en todas las conversaciones. Aunque se junten docientos hombres en una concurrencia, como, verbi gracia, en un salon de Cortes, se han de conocer á la legua los que hayan estudiado teología y los que